



EL ROMPECABEZAS

Sergio García López

EL ROMPECABEZAS



Primera edición: enero de 2023
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Sergio García López

ISBN: 978-84-19595-82-9
ISBN digital: 978-84-19595-83-6
Depósito legal: M-2641-2023

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Ali, por poner un libro en mis manos tras muchos años.
A Montse, por la idea. Por retarme, por ponérmelo difícil.
A Lore, por tu crítica sincera, como siempre.
A Borja, por aguantar el folio a folio. Por tu confianza y tu apoyo.
A Vane, por ser la valedora desconocida.
Tu opinión desinteresada me hizo dar el paso.
A Aroa, por tus correcciones, tus apuntes. Por tu ánimo incondicional.
A Ana. Por tu crítica afilada, tu interés y tu esfuerzo. Por tu ironía.
Por tanto. Por todo.

CAPÍTULO I

SUSTO EN EL TEATRO

Milán, 2018.

Sonó un estruendo. Sin avisar. De repente. Como un trueno. En realidad, se parecía porque era previsible. No lo traían nubes negras, pero se podía imaginar. Últimamente, ocurría siempre.

Sintió que se estremecía el suelo. No hacía nada había escuchado el silencio, ese momento aterrador. En un abrir y cerrar de ojos, bullicio, voces, gritos, aplausos... No podía distinguirlo. Sus oídos deberían estar acostumbrados, quizás era el cerebro el que se negaba a procesar esos decibelios. Y que no dejara de ser así. En el momento en que no sintiera ese pánico, que le abrumaran las ovaciones, que esperara que fuera sí o sí y no hubiera otra opción, empezaría a perder la perspectiva y la motivación por conseguirlo, las ganas de luchar por conquistar cada teatro, cada auditorio.

Miró a sus pies. Vio madera. La vio moverse. Será madera flotante, pensó, por eso se mueve. No pudo ni reírse de sí mismo, de la estupidez que le había cambiado la expresión de su cara.

Lo siguiente que recuerda es la cara redonda y con apariencia bonachona de un hombre al que oyó decir que era médico y que se tranquilizara. Ese tipo de frases que consiguen el efecto contrario. Si te dicen tranquilo, inmediatamente te pones nervioso. Tenía barba blanca, recortada, muy pulcra, parecía recién salido de la bar-

bería. Le veía mover la boca muy rápido, pero tan solo percibía el significado de palabras sueltas: calor, tranquilidad, aire...

No sabe el tiempo que permaneció así, pero sí que poco a poco iba recobrando su presencia de ánimo. Construyendo las piezas de un rompecabezas que no parecía muy complejo, y que en realidad no lo era. Andrés se había desmayado nada más terminar su actuación.

Cuando empezaba a comprender y a ubicarse, oyó el ruido de una puerta al abrirse de forma brusca. Giró el cuello a su izquierda y vio a dos personas entrar apresuradamente. Eran sanitarios, y a juzgar por la rapidez y lo exagerado de sus gestos, se podría decir que habían sido mal informados, o tal vez solo fueran novatos que no estaban todavía hechos a atender situaciones complicadas de forma constante. Mucho más complejas que esa, por supuesto.

Desechó esa idea rápidamente. Una señora de unos cincuenta años se agachó y posó dos de sus dedos en el cuello. Le estaba midiendo el pulso.

Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué tanto revuelo? La enfermera se echó hacia atrás, un tanto sobresaltada. Para un austriaco, aquella forma vehemente de hablar era una pequeña ofensa, y no se lo esperaba. Que fuera austriaca le pareció después, al conocerlo, un guiño del destino, si eso existiera, ya que debería estar en Viena y no allí, pero la muerte de un miembro del Gobierno del país centroeuropeo suspendió la Semana Cultural Vienesa y cambiaron la ruta de su gira.

El hombre que la acompañaba, más calmado y menos ansioso que su compañera, comenzó a hacer preguntas que sí encajaron más en la cabeza de Andrés. Pero no, no sabía qué le había pasado, nunca le había ocurrido, por supuesto que no había consumido drogas y no, no iría al hospital a hacerse un chequeo más exhaustivo. Estaba bien y aquello sería cualquier bobada.

En ese momento, vio acercarse a Vicente, su fiel Vicente, con un vaso de agua. Se acercó y le guiñó un ojo.

Bebió un sorbo y ese pequeño trago le insufló la energía necesaria. Casi inmediatamente recuperó el color en su cara y le cambió el rictus.

«Ni que fuera orujo, amigo». Andrés sonrió ante la ocurrencia de su viejo amigo. «Muchas horas ante un orujo», recordó.

«Un orujo, dice». Unos cuantos sería más exacto. Solía tener la costumbre de pedirlos en vaso limpio, ir recolectando sobre la mesa los vacíos, como si tuviera que dar fe de que estaba ocurriendo otra vez, o bien fuera una justificación, me brillan los ojos por esto; quizá simplemente era un tema de vanidad, esos rescoldos de demostración de machito ibérico en base a la cantidad de alcohol que se puede ingerir.

Vaciaban la botella en pequeñas dosis mientras hablaban de lo humano y lo divino. De la infancia, de lo jodida que es la vida, del éxito efímero, de las desgracias a las que uno se tiene que enfrentar en este puto camino (frase que repetía Vicente con cierta asiduidad), de cine, mucho cine, aquel cine rarísimo que le gustaba a su ayudante.

Andrés creía que era una excentricidad más de las suyas. Decir que le gustaba una película iraní le daba un toque intelectual que le daba porte, y no pocas veces le decía: Se me olvidaba que tengo un amigo muy *cool* y demasiado listo para una vulgar compañía como la mía. La reacción de Vicente era invariable cada vez: se ponía rojo, mezcla del calor producido por la graduación del orujo y el inevitable enfado que le producían las palabras, con ese toque irónico que Andrés le sabía dar. Tan estúpido era repetirlo como enojarse al oírlo, pero no podía controlar esa reacción con pequeñas dosis de ira, aunque en el fondo podía analizar que era en tono de broma. Tal vez eso le hacía sentir vivo, que esa relación se mantenía a flor de piel, seguir sintiendo que todo fluía.

También hablaban de pintura, o más bien Vicente hablaba y Andrés escuchaba: hay que ver cuánto me enseñas; si me dicen que iba a estar atento a lo que un tipo me contaba de cuadros no hubiese reprimido una risa, o si es tan pesado como tú, darle una hostia; y luego sonreía de costado, enseñando el colmillo izquierdo. Pero ocurría, no muy a menudo, pero las suficientes veces como para que le hiciera sentir curiosidad hacia algo que ni dominaba ni sabía que pudiera generar tanta pasión.

Y de mujeres. Sobre todo, de mujeres. De las guapas. De las feas. De las latinas. De las que se visten bien. De las que enseñan de más. De todas, las que se portaron bien, como puntualizaba Vicente, en la cama, claro, que fuera son todas el demonio. La reflexión solía venir dada por la suma del alcohol y el recuerdo cercano de cualquier relación tormentosa. Llamarle relación le parecía una osadía a Andrés, ya que nunca aquellos romances pasaban de los dos días, pero no le decía nada, Vicente era volcánico y pasional, y vivía esas cuarenta y ocho horas como el protagonista de una película. De una película hindú. Sí, esas también las veía:

—Bollywood es una mierda, pero esas indias te hacen recuperar las ganas de todo —lo decía con la mirada furtiva de un adolescente.

—Son hindúes, no indias —y Andrés volvía a enseñar el colmillo.

—Las llamo como me da la gana.

—Está bien, pero un intelectual cinéfilo como tú no debiera expresarse así ni ver esa porquería de películas.

—También oigo tus conciertos y no por ello me suicido.

—Son recitales, no conciertos.

—Recitales de tocarme a mí los cojones.

En eso se pasaban las horas, los días. Ya fuera en el camino a una actuación o en las largas semanas en las que poco había que rascar, excepto emborracharse y buscar mujeres. Mujeres malas preferentemente, en opinión de Andrés, aunque no fuera una definición muy precisa, aunque con ello expresaba bastante bien lo que quería.

Porque esa era realmente la mayor afición de Vicente. Y si no lo era lo disimulaba muy bien. Tenía mucha labia. Lo que tengo es duende, el duende que solo tenemos los andaluces de linaje. Y sacaba pecho, mucho pecho. Y se podían decir muchas cosas de él, pero ninguna tan inexacta como usar la palabra linaje, los barrios marginales estaría mucho más cerca de la realidad.

Pero, a decir verdad, eran esas mujeres las que lo atraían hacia sí mismas. Cuanto más problemática, más lo llamaba. Acudía a los barrios sórdidos como una rata tras el flautista de Hamelin, había

algo interior e inconsciente, más allá de su apetencia, que lo encaminaba hacia allí.

Salía a veces trasquilado, unas veces huyendo y otras incluso sangrando. Y gracias. «Pero esa sonrisa, amigo, es que le hace perder la cabeza a uno». Andrés siempre negaba con la cabeza, pero lo cierto es que lo conocía y sabía que eso formaba parte de él.

Andrés era la antítesis. Huía de los problemas. Le gustaban las mujeres, mucho, pero las que tenían clase, de gestos sosegados, dulces al hablar y al sentir, nada de lo que atraía a su amigo. «Buscas princesitas, y esas son aburridas y horribles en la cama, a ver si espabilas de una puta vez». Las palabras de Vicente, en el fondo, era cariñosas.

Claro que había compartido con él situaciones que no hubiese firmado jamás, incluso habían compartido mujer. Prefería no acordarse de aquellos burdeles de Barcelona, Niza o Palermo. Madre mía, Palermo. Solo recordar el nombre de la ciudad le temblaban las piernas. Pensó que moría allí, en Sicilia, en la tierra de don Corleone. Pero no por un asunto de honor, no por haber plantado cara, no, eso no, sino por haber sido un rufián, un listillo de mala muerte, por pasarse de gracioso, pero sobre todo por estar al lado de un capullo integral, como le dijo en cuanto pudieron dejar de correr y recuperó el aliento, tras haber hecho llorar a tres chicas y enfadar terriblemente a dos chulos con muy mala pinta y peores modales. Andrés todavía se preguntaba cómo pudieron correr tanto y tan rápido. «Apurado te veas», le contestaba Vicente con una sonrisa tal que al otro le hacía creer, y no estaba muy alejado de la realidad, que había disfrutado más del follón de lo que lo hubiera podido hacer de la compañía de las chicas, que por otro lado no parecían muy de su estilo, sino personas que se dedicaban a ello porque la vida aprieta, y «hay veces que no queda otra si quieres comer todos los días, cosa que por desgracia todos tenemos que hacer».

Aquella, se dijo, sería la última vez. No lo cumplió, claro, pero sí que a partir de ahí fue con más ojo de lo que hacía y dónde lo hacía. Es más, esa noche le aportó una lucidez para posteriores

situaciones que lo alumbraba incluso cuando el orujo y el *whisky* le dificultaban el habla. Que por otra parte no ocurría pocas veces.

Si no querías tocar más, haberlo dicho, cabrón, le dijo Vicente de manera socarrona.

Justo cuando iba a contestar, un chillido perturbó a todos. Y lo hizo porque fue un grito desgarrador, de los que no se oyen a menudo. Ni se entrena. Sale ante situaciones inesperadas. Así que algo serio habría pasado. Instintivamente buscaron la puerta con la mirada cuando una chica pasó corriendo por delante de ella.

Ya no gritaba, solo hacía aspavientos, aunque a juzgar por la posición de la boca, juraría que sí que chillaba, pero no le salía una sola vibración de las cuerdas vocales.

La tercera vez que pasó por la puerta, Vicente ya estaba allí. Y la agarró de un brazo. Ella se revolvió, y le propinó un puñetazo en el brazo que hizo que este la soltara con un gesto de dolor. La mujer se detuvo, lo miró con los ojos fuera de las órbitas y comenzó a hablar mientras temblaba, tras ver rápidamente que había varias personas más y entender que no había peligro, o al menos valorar que eran su mejor opción.

Poco a poco consiguieron calmarla y que pudiera expresar, aun así, atropelladamente, el motivo de su estado. Las frases eran inconexas, pero lo suficientemente claras para darse cuenta de lo ocurrido: en el baño había un cadáver.

Lo que allí vieron difícilmente se les borraría de la cabeza mientras vivieran. Escrito con sangre, en un espejo, en grandes letras mayúsculas, las cuales tenían regueros de la misma cayendo en la parte baja de ellas aún sin secarse, ponía la palabra GIUSTIZIA y debajo, en el suelo, una mujer con los ojos muy abiertos.

—Hay que ver, macho, qué mala tarde han pasado algunas, escuchar tu recital —e hizo el gesto de las comillas— y que te maten acto seguido.

Lo dijo demasiado alto. Hasta a Andrés se lo pareció.

Menos mal que alguien dijo al instante: «¡mirad!», mientras señalaba el suelo.

Lo que destacaba de la escena, excepción hecha de lo escrito en el espejo, era que sus manos, una de ellas cerrada y la otra abierta, estaban llenas de diamantes, algunos de ellos derramados al lado de la abierta, y como apuntó la enfermera que hacía tanto ya que había atendido a Andrés, el vestido era de una marca carísima.

Aquella mujer, si no era rica, desde luego que lo parecía. Y allí estaba, en los baños de la segunda planta del Teatro Scala de Milano, pero jamás volvería a pisar sitio alguno más. Se acabó la partida. *Game over*, como dijo Vicente cuando el silencio empezaba a apoderarse del lugar.

CAPÍTULO II

LA HUIDA

Granada, 1996.

Salió corriendo hacia su cuarto. El portazo hizo retumbar toda la casa. Se estremeció. Sabía lo que vendría después. Escalofrió. «Piensa rápido. No hay nada que pensar. Huye. Mierda, demasiado lento».

Se oyó la puerta otra vez. Esta vez al golpear el lateral de la pared al abrirse de manera violenta. Viento frío. Helado. Así se debían sentir los alpinistas en el escalón Hillary. Sin oxígeno. Esperando para seguir o morir. Muertos de frío y de miedo. Su padre entró acto seguido hecho una furia. Nada nuevo bajo el sol. Lo de siempre. No atendía a razones. Así que no se las dio. Ogro con zapatillas. Se quedó quieto junto a su armario. Puso los oídos en modo *off*. Aquellos bramidos no le afectarían. Como si fuesen en otro idioma y en otra frecuencia. No los conectaría. Pero lo que vino después era idioma universal.

Estaba lo suficientemente cerca para oler el aliento a alcohol y también para sentir el brazo echarse hacia atrás.

Pero lo suficientemente lejos para poder doblar su cuerpo arqueándolo hacia atrás y esquivar la trayectoria del manotazo. Una décima más tarde se echó a la izquierda y con dos cortos y rápidos pasos, alcanzó la puerta y corrió despavorido por el corto pasillo que desembocaba en el *hall* de entrada y abrir la puerta de casa.

Parecía mentira, pero tenía la mente más clara que nunca. Sabía que no podría esperar a abrir el ascensor y que este arrancara, pero también que nadie lo alcanzaría si bajaba los tres pisos por las escaleras. Era extremadamente ágil, pese a que nunca hizo deporte ni le gustó lo más mínimo. Eran condiciones genéticas. Las había utilizado en numerosas ocasiones para escaparse de los líos en los que se veía envuelto, incluso de la policía en más de una ocasión.

Una vez en la calle, callejeó por el barrio como tantas veces había hecho. Ahora sí le palpitaban las sienas. Las pulsaciones no le hacían, sin embargo, perder la nitidez de sus pensamientos. Nunca lo tuvo tan claro, y menos con la adrenalina brotando y sin poder pararse un segundo. Tenía un plan. Había tomado una decisión. La decisión. Solo había que dar forma a la idea.

El sol abrasaba esa tarde. Las calles estaban vacías. Miraba a uno y otro lado, pero no había nadie. Sonrió para sus adentros. Quizá también hacia fuera. «Ahí la tienes. Es tuya». Cuántas veces lo había soñado. Se colocó a la sombra de un viejo edificio. Lo conocía como la palma de su mano. Echó mano a los bolsillos del pantalón. Primer fallo, se dijo. Se había dejado la cajetilla en casa. Dio un manotazo al aire, nada puede ser perfecto. Miró hacia arriba, el sol estaba tras el alero del edificio, esperando que osara salir de allí para apuntarlo directamente con sus rayos si se ponía en su trayectoria.

Allí, en plena judería, en la soledad de las cuatro de la tarde de una tarde de verano, se aclaró la voz y recitó la frase que posteriormente le serviría en más de una ocasión como motivación: Solo volveré a sentirte, Granada mía, cuando triunfe de tal manera que la mismísima Alhambra se sienta orgullosa de mí.

CAPÍTULO III

MANTENIENDO EL CONTROL

Bruselas, 2018.

Resoplaba. Otra vez. Una vez más. Cada vez más seguido, la respiración cada vez era más agitada. No se encontraba bien, pero lo que le estaba produciendo la sensación agonística que sufría era la responsabilidad. No podía flaquear. En sus manos estaba la vida de mucha gente.

Sabía que quedaba poco, pero a él le parecía una eternidad. No sabía bien lo que le estaba ocurriendo, pero debía respirar y continuar.

Solo un par de minutos. «Vamos, Johann, no me jodas, tira, que no es para tanto. Piensa en algo alegre...» No funcionaba; los pinchazos en el pecho eran más y más fuertes. Ya estás en Bruselas, un minuto y pillas el carril bus.

Las conversaciones de la gente, acostumbrado a que fueran inaudibles cualquier día, eran como los sonidos de un perforador neumático de esos que abren zanjas en las aceras. Herramientas del demonio. ¿Cómo alguien puede trabajar ocho horas con ellas?

Cogió la rotonda, tuvo suerte esta vez, una mujer le facilitó la entrada a la misma. ¡¡Bien!!, un poco más cerca. Enfiló la avenida y vio al fondo la Gare Central. Objetivo a la vista.

Un par de semáforos en rojo le hicieron maldecir por lo bajini. Encogido sobre sí mismo, agarrado al volante con ambas manos, todo lo firmes que podía, apretaba los dientes sin olvidar la acompasada

respiración. La gente se ponía en pie, como siempre, antes de tiempo. Esta vez no le importaba, quedaban doscientos metros, ciento cincuenta, cien, algún incivilizado conductor cruzándose, todo daba igual. Cincuenta metros. El desvío. Ya estaba dentro de la estación.

Consiguió a duras penas ver las instrucciones en el panel luminoso de la entrada. BUS PROCEDENTE DE GANTE, ANDÉN 23. No estaba muy lejos de allí. Notó la alegría de ver que llegaba, pero como ocurría cuando tienes ganas de ir al servicio, verlo hecho le produjo la sensación de no aguantar un solo segundo más.

Lo aparcó, quizá más brusco que de costumbre, apretó el botón y la gente comenzó a descender. Sintió un gran alivio. Misión cumplida. Incluso notó que bajaba la intensidad del dolor. Aun así, no sin dificultad, bajó y se acercó al puesto central, donde se dirigía todo el entramado de los autobuses de Bruselas. Allí estaba Kim, tan simpática como siempre.

—Hola, Kim.

—¿Qué pasa, Johann?

—Me encuentro muy mal.

—Y yo, y no voy a contarle mi vida a nadie y joderle la tarde.

—Es en serio, Kim.

—¿Qué te hace pensar que yo lo digo en broma?

—No creo que pueda llevar el bus de vuelta a Gante.

—Cada día sois más quejicas. Estúpidos hombres, no valéis para nada.

Johann iba a decir algo cuando el rumor de la radio que Kim tenía en la mesa de control junto a la foto de un gato, feísimo a su juicio, le hizo detenerse. Kim iba a seguir rutando, pero Johann levantó la mano para que callara y entonces lo repitieron: *Última hora, ha aparecido un cadáver en L'Atomium. No podemos confirmar la identidad del mismo ni las circunstancias en las que se lo ha encontrado, pero distintas voces hablan de que es un cargo importante dentro de la política europea.*

CAPÍTULO IV

LUCHANDO CONTRA SÍ MISMO

Gante, 2009.

Sonó el despertador. Abrió los ojos y encendió la luz de la mesita tras apagarlo. Todo eran actos reflejos, o asumidos como tal. Cada día, durante años, los mismos gestos. Pero ese día era diferente. Se quedó sentado en la cama. Diez segundos. Veinte. Cada segundo que pasaba se sentía como si un mazo lo golpease la cabeza. Toc. Fuerte. Toc, toc. Con violencia.

Era el primer día de una nueva vida. Pero sentía de todo menos ilusión. Sintió el impulso de meterse en la cama. Para no salir. Su conciencia no se lo permitió. Lucha interior. Dudas.

Moviendo la cabeza en un gesto que decía claramente no puede ser, se incorporó. Encendió la luz grande de la habitación y apagó la de la mesita.

Cometió el error de girarse y mirar al espejo. Tuvo una arcada. Horror. Otro mazazo. Toc, toc, toc. Más duro, más fuerte.

Era cierto, en los últimos meses había engordado, pero nada de rellenar su cuerpo en general. Qué va. Caprichosa y cruel naturaleza. Todos los kilos, o al menos gran parte, habían ido a parar al vientre. Él, acostumbrado a verse delgado y fibroso, veía un esperpento colocarse frente a él.

Otra lucha interior. Otra duda estúpida. Una parte de él quería correr para ponerse la ropa y así evitar verse en calzoncillos, esa punzada otra vez. La otra quería volver a la cama, olvidar la silla

que tenía frente a él, sobre la que colgaban un pantalón y una camisa que había preparado antes de acostarse. Otro gesto más de la rutina que lo embargaba desde pequeño. Una camisa... ¡de botones! Las había odiado desde pequeño, y ahora el cruel destino lo empujaba a tener que llevarla cada día.

Al final su lado responsable se impuso, se vistió, se puso las zapatillas y se dirigió a la cocina. Abrió la nevera y estuvo tentado de coger lo que no había ido a buscar. De hecho, fue su subconsciente el que orientó la mirada a la izquierda, a la puerta de la nevera. Sabía que allí se encontraba la cerveza. Había dado muchos paseos para buscarlas. Habían sido su refugio durante algún tiempo. Y ahora, sin pensarlo, parecía ser que su cuerpo lo orientaba hacia ellas.

Otra vez el lado responsable se impuso y agarró con violencia la botella de leche. Miró la cafetera. Quedaba café para una taza. «¿Desde cuándo estaba hecho?» Hacía días que no lo tomaba. Bah, de algo hay que morir, se dijo. Así que lo añadió a la leche y lo metió al microondas.

Mientras se calentaba el café, encendió la radio y rescató de lo alto del armario una bolsa en la que había varias unidades de bollería industrial. Fueron muchos años de no poder probarlas, estaban prohibidas, y ahora las engullía, no porque le gustaran, no lo hacían en exceso, más bien era ansiedad, y más aún el hecho de comer lo que le diera la gana y no rendir cuentas ante nada ni nadie.

Blasfemó. En la radio sonaba una canción horrible. Detestaba aquel *hit*. O tal vez detestaba estar allí escuchándolo. O quizá buscaba en ese grupo los males que lo acechaban. Buscó otras melodías en el dial, pero todo le parecía basura. Sonó el timbre del microondas, apagó la radio dándole un golpe excesivo al botón y sacó el café. Dio un mordisco al *croissant* y se lo quedó mirando. «Qué diablos es esto». Le supo mal. Más quejas. Se forzó a comerlo y tomó el café.

Miró el reloj que tenía colgado en la pared, encima de la mesa de la cocina. ¡Iba tarde! «¿En qué habría estado pensando que el tiempo había volado?»

Fue al baño a lavarse los dientes. No podía salir de casa sin hacerlo. Era algo más que una costumbre, una manía. La sensación

en la boca que le quedaba si no lo hacía era terrible. Lo detestaba, y además sentía que la gente pensaba que tenía un aliento horrible y no podía con esa sensación. Incluso llevaba un cepillo y pasta dentífrica en la guantera del coche, lo cual era foco de bromas por parte de la poca gente que conocía esa situación.

Se puso el chaleco azul marino. «Hala, el disfraz completo», dijo para sus adentros. Cogió la chaqueta, el gorro y los guantes y abrió la puerta de casa, volvió a mirarse al espejo, esta vez el situado en el pasillo. Un suspiro. De desesperación. De hastío. No era asco lo que sintió. Era pena, mucha pena, una pena profunda al observar la cara de tristeza que tenía ante sí. «¿En qué momento su destino giró de tal manera? ¿Por qué?»

Se dio media vuelta, cerró la puerta y le dio una vuelta con la llave a la cerradura.

Caminó durante quince minutos, los últimos pegados al río. Sentía la brisa propia de la mañana, aire gélido para decirlo de manera más exacta, la ribera del río despertaba a quien no lo hubiese hecho del todo. Intentó subirse más la cremallera del chaleco, pero estaba a tope. Encogió el cuello como para refugiar la mayor parte de la cara en el mismo, para calentarse con su propia respiración.

Un chillido lo sacó del ensimismamiento en el que andaba metido mientras caminaba con largas zancadas. Una chica lo dio al notar que hizo un extraño movimiento y tener que esquivarlo para no llevársela por delante. Johann alzó la mirada, pero no dijo nada ni realizó gesto alguno.

Anduvo otros cinco minutos y llegó a destino. Allí estaba. La Estación de Autobuses de Gante. Sorteó el aparcamiento para bicicletas que estaba situado a la entrada y se detuvo un instante.

El primer día de la nueva vida. La que no quería vivir. Justo antes de que le brotara una lágrima, dio un paso y la puerta automática se abrió. Se quitó el gorro y los guantes y se dispuso a entrar. Tras caminar unos metros, giró a mano derecha y se presentó en la oficina.

«Vamos Johann, a por ello», recitó mentalmente, intentando engañarse a sí mismo.

CAPÍTULO V

VISITA AL ESTADIO

Bronx, NY, 2018.

Novena entrada. Era el sexto bateador que pasaba por el círculo. Llevaban dos horas y media de partido y tenía pinta de que faltaba bastante para que este finalizara. Comenzaba a caer la noche sobre Nueva York. Era lunes, pero eso en realidad da igual en la Gran Manzana. Todo gira como un tornillo sin fin. Y más si juegan los Yankees. El vendedor de perritos no puede atender a tanta gente que lo reclama. El de *snacks* no para arriba y abajo. Más aún el tipo fuerte que lleva la cerveza en una mochila, sirviéndola directamente con un sifón. Desde varios metros de distancia se le ve chorrear sudor. Entra y sale por los vomitorios del estadio cada poco tiempo, recargando la mochila, que debe llevar cinco litros al menos.

Los Yankees van perdiendo. Pero eso a nadie parece importarles. Juraría que ni a los propios jugadores, que están celebrando y riendo, gesticulan y saltan. Y mascan chicle. No todos, pero los que lo hacen lo mascan de una forma exagerada. Es como si lo entrenaran más que los batazos.

La tienda de *merchandising* no para de vender. Son tres dependientes, dos chicas que se afanan en meter productos en bolsas y en cobrar a las enormes filas de clientes que se agolpan, y un hombre, vestido de elegante traje, que de vez en cuando se acerca a la caja registradora, pero en realidad no hace ni un gesto de ponerse

en disposición de ayudarlas a ellas, ni siquiera en esos momentos culminantes como pueden ser el final del partido.

Por lo que alcanza a ver, el producto estrella de hoy es una camiseta conmemorativa del partido quinientos de la estrella del equipo. Toda una vida al servicio de los Yankees. Fue la sensación entre los espectadores norteamericanos. Para los turistas, la gorra negra con las letras NYY en blanco, o la blanca con las letras azules. Nadie le podía discutir eso a Andy, había llevado tantos visitantes enfervorizados, o expectantes, o simplemente curiosos, a lo largo de los últimos años que no necesitaba de ninguna estadística. Ya fueran japoneses, siempre acompañados de sus cámaras de fotos, años atrás diminutas, cuanto más mejor, y en estos días, con el objetivo cada vez más grande. El mundo involuciona, en tecnología también, solía reflexionar con sorna Andy. Ya fueran europeos o australianos, las gorras parecían tener imán.

Allí estaba metido en sus reflexiones, contestando sin mucho interés, no podía asegurar haber dicho algo que no tenía que ver con lo preguntado, pero es que no le gustaba el béisbol. No era del todo cierto que no le gustara. Es que lo odiaba.

Por la megafonía sonó algo ininteligible, o al menos si no prestabas la suficiente atención. «Se acabará una entrada», pensó, acertadamente. Al instante, tronó la música. Vaya volumen. Beyoncé, consiguió discernir entre ese despliegue de decibelios.

Para su satisfacción, el fin de la entrada conllevaba el fin del partido. Los Braves de Atlanta habían pasado por encima a los Yankees. «Seguramente por eso la música estaba tan alta», apostilló Kostas, un hombre de mediana edad griego, que estaba sentado a su derecha. No tenía ni idea de béisbol, pero sí mucha de pitos, abucheos, himnos a todo volumen y situaciones bochornosas en canchas de baloncesto y estadios de fútbol, a los que solía acudir con frecuencia en Grecia. «Lo hacen para que a los hinchas de casa no se les oiga pitar en señal de desacuerdo o enfado». Poca idea tenía el amigo Kostas del deporte americano. Allí la gente iba a disfrutar del espectáculo y pasar la tarde. Nada tenía que ver con el fútbol en Sudamérica, por ejemplo, expuso Andy.

—Es otra sociedad.

—¿No les fastidia perder?

—Digamos que no les dura más allá de salir del estadio.

—Pero... ¿no sienten los colores?

—Bueno, van a ver un espectáculo. Si ganan los suyos mejor, pero no hay líos gordos ni un apego excesivo. Es más, la gente muchas veces es más fan de las superestrellas que de los propios equipos.

—Muy de ídolos.

—Sí.

—Pero habrá radicales.

—¿Radicales?

—Ultras, seguidores más violentos y que llevan lo de ser del equipo a lo extremo.

—No, hay gente apasionada, pero ningún grupo de esos es conocido en América.

—EE. UU.

—Sí, a eso me refería.

A Kostas no le gustaba que los estadounidenses se refirieran a su país como América. Él había estudiado que era todo un continente, y sentía que se apropiaban de él como un síntoma de soberbia y de falta de respeto. Y quizá tuviera razón, pero estaba así aceptado y, en este caso, el comentario no conllevaba ninguna connotación.

Notó que Ivan, un larguirucho ruso que hablaba mal y poco el inglés, pero era muy simpático (no podía estar más alejado del tópico de la frialdad, de hecho); Carolina, una sueca de 1'80 de quitar el hipo, de las que hacen girar el cuello a más hombres de los debidos cuando pasa de largo y Martin, un alemán de cara siempre sonrosada, quién sabe si del sol o de la cerveza, o de la unión de ambos, aunque quizás era una conclusión errónea, ya que no lo vio beber una gota de alcohol ni atisbo de estar mínimamente perjudicado en los siete días que llevaban juntos, escuchaban atentos la conversación entre Kostas y él.

Caminaban entretenidos hacia la salida cuando vieron el tumulto. La gente se agolpaba en las puertas, nadie podía franquearlas. Ivan, que era el más alto de todos los presentes, dijo en su pobre inglés que era la policía la que no dejaba salir.

Andy se acercó, entre empujones más o menos comedidos y disculpas, hasta el lugar en que la policía colapsaba la salida. Explicó a un agente su condición de guía turístico y que sus clientes esperaban tomar un avión... Le dijeron que sería imposible, nadie saldría de allí sin que se aclarara la cosa. Al menos, pudo informarse de que la cosa era un cuerpo sin vida en el mismo estadio.

Andy regresó con el paraguas rojo en alto para reagrupar a su gente. Quizá no debiera considerarlo así, pero se sentía muy responsable de que todas aquellas personas saliesen de Nueva York contentas, a poder ser emocionadas y con un buen recuerdo, pero sobre todo sin haber sufrido ningún percance ni sobresalto. Incluso se podía decir que, a algunos de ellos, llegaba a cogerles cariño.

Era un efecto inmediato el del paraguas, daba igual en la Freedom Tower que en pleno Wall Street. Aparecían todos como por arte de magia. Se disponía a explicar la situación cuando una arcada le vino a la boca. Luego otra más fuerte y se encontró al segundo vomitando de manera muy violenta. La gente que lo rodeaba, algunos incluso salpicados, comenzaron a gritar, escandalizados, en exceso, en opinión de Kostas, que fue quien lo agarró del brazo y le dijo a su amigo Stefanos que apartara a la gente y dejaran sitio para que Andy respirara.

Pero en vez de coger aire, cada vez se sentía peor, más estrangulado por su propio aparato digestivo. Parecía que alguna fuerza le colapsaba el esófago y la entrada de aire era cada décima de segundo más dramática.

CAPÍTULO VI

LO SIENTO, MAMÁ

Salt Lake City, 1994.

Ya no podía más. Tenía que salir de esa jaula. Por increíble que pareciera, tomó la firme decisión viendo una bandada de pájaros pasar. No era la más grande que había visto, por allí solían pasar a menudo durante los meses en los que hacían la migración. Lo que le llamó la atención fue lo juntos que volaban.

Más que muchos individuos, era una sola mancha negra lo que avanzaba hacia el sur. Lo hacía con paso firme. Imaginó que allí habría un líder al cual todos seguían, pero era bastante difícil identificarlo. Tal vez no, y todos tuvieran programado, en su disposición genética, en un instinto que pasara de generación en generación, un aprendizaje continuo en la evolución, que sintiera el frío y los hiciera marchar a tierras más cálidas, una especie de *software* interno que les indicara el camino, como el más fiable de los GPS, de esos que anunciaban en los cines y que se empezaban a comercializar a un precio altísimo. «Y esas aves migratorias lo llevan gratis», dijo en voz baja acercándose aún más a la ventana.

«Qué suerte nacer pájaro y no tener esa crueldad que tenemos los humanos. Quiero ser un pájaro. Quiero volar... Quiero... formar parte de un grupo unido y volar».

Lo primero que debía hacer era soltarse de las cadenas que lo amarraban a la vida que tenía. Él consideraba que llamarlo vida

era una broma de mal gusto, pero reconocía que al fin y al cabo lo era.

Se colocó frente al espejo de su baño. Ensayó las tres frases decenas de veces. Quizá cien. Las frases estaban claras. No lo estaban ni la forma ni la entonación, ni, sobre todo, cómo afrontarlo. El previo. Sudores. Lágrimas. Olía a miedo. ¿A qué? A la reacción. No exactamente. Más bien a decepcionarlos. A hacerlos sentir mal. Vergüenza. Frustración. Pero no había marcha atrás. Estaba decidido. «Échale coraje, Andy. Papá, mamá, tengo que hablar con vosotros».

Le dolía la cabeza de tanto imaginar. Pensó en la botella de *whisky* que sabía que tenía guardada su padre en el mueble-bar. Bueno, siempre guardaba dos. Una empezada y otra sin abrir. No es que bebiere mucho, casi no lo hacía. Pero era una necesidad para él tenerlas por si acaso venía alguien. Y nunca venía nadie. En esa familia todo era por si acaso, por el qué dirán, por no parecer que, siempre todo en su sitio, en su orden, todo como debe ser. Y esa era la sensación que precisamente más le asqueaba. Porque debe ser así.

Porque era tradición, porque era así, una fiesta, se mataban los toros en España. Había leído bastante sobre ello, le encantaban los animales y no entendía por qué miles de personas jaleaban aquella matanza. Incluso lo daban por la TV pública. ¿Cómo podían torturar así a los animales?

El reloj no avanzaba y a la vez lo hacía rápido. Deseaba que sus padres regresaran a casa para afrontarlo lo antes posible y así dejar atrás la sensación interna que le estaba agotando, la sequedad en la boca que no quitaba ni bebiendo agua (había desechado la opción del *whisky* porque no bebía y solo le faltaba estar borracho), y ese dolor de cabeza creciente que parecía no tener techo. Pero el miedo lo atenazaba y le hacía desear tener el poder de parar el tiempo, congelar el segundero del reloj que llevaba en su muñeca izquierda y poder escapar. Muy lejos, aunque fuera sin rumbo fijo. Pero no darle ese disgusto a su madre jamás.

No pudo. Siempre igual. A medida que se alejaba de la casa se repugnaba más a sí mismo. No era esa la forma. No con una nota.

No es así como lo había previsto ni preparado. «Qué poco arrojo. Qué asco». Notó que de sus ojos caían lágrimas. No podía considerarse llanto; simplemente le resbalaban lágrimas por las mejillas al tiempo que el viento le golpeaba la cara. Era fuerte a esas horas en Salt Lake City, sobre todo al dejar atrás las afueras de la ciudad e ir acercándose al centro, con callejones que se convertían más adelante en calles, y más adelante en avenidas, donde no tenía el refugio de los edificios ante sí.

Había dejado una nota, una cobarde nota, en la mesita de noche de su madre, lejos de donde imaginaba que pudiera encontrarla su padre primero.

Fue parco en palabras, con la mejor caligrafía que en ese momento le salió, que no era muy académica, escribió:

Mamá, no soporto seguir viviendo con esta mentira.

Siento si con esto puedo causaros daño, esa es la razón principal de mi marcha.

Soy gay, y necesito gritarlo fuerte y poder vivir con ello.

Espero que no sea un gran shock para vosotros.

Os quiere,

ANDREW

